

se vuelve hacia el cielo, pensando en que la vida no es lo que soñamos, sino lo que apenas deja respirar el egoísmo del hombre que bien quisiera estrangular toda manifestación vital que no sea la expresión de su egoísmo absurdo y empecinado.

Andrés Sabella nuestro buen compañero de letras ha estado en estos días últimos del año, muy delicado de salud. Pero los males del cuerpo no han doblegado su voluntad. Generoso y pleno de simpatía y de fervor por todo cuanto le rodea, escribe y se manifiesta como siempre, sin reparar en los defectos, sino en las virtudes de los demás. Es un hombre que no tiene un gallo de pelea debajo del poncho, sino unos ojos grandes y transparentes para mirar la vida y el esfuerzo de sus compañeros.

A su libro de la colección «La Honda», no se le ha ubicado aún en el sitio que merece. Pero poco a poco su calidad se lo irá conquistando. El espíritu siempre tiene, como los pájaros, el privilegio de rozar el cielo. Y el espíritu que anima a Andrés Sabella es de una gran altura.—LUIS DURAND.



ANTOLOGÍA POÉTICA, de *Luis Merino Reyes*. (Ediciones «Gibrán» 1946)

Hemos recibido una pequeña «Antología Poética», de que es autor Luis Merino Reyes. Resume ésta la labor de más de un decenio, a partir de la publicación de «Islas de Música», libro primogénito del poeta. La antología tiene como prólogo un prólogo de Víctor Castro, sobrio y ajeno a todo elogio gratuito, y la selección fué ejecutada por Antonio de Undurraga, con un criterio ajustado a una extrema exigencia. De esta manera, encontramos al poeta de «Coloquio de los goces» y «Romance a Balmaceda», en sus momentos culminantes, es decir, en la quintesencia de su expresión creadora.

Seguir la ruta de Merino Reyes, es encontrar un cauce ascendente por donde el agua se desliza hacia arriba, subiendo la pendiente de la montaña. El poeta se empeña en colocar peldaño a peldaño la escala de su propia superación. Tarea enorme, dramática cuando se es artista de verdad, porque ello implica entablar lucha a muerte con el tiempo.

Reducida la obra de Merino Reyes a un manojo de flores selectas, a un ramo de colores y perfumes volcados hacia la vida, se ve en ella la ansiedad de perdurar a plena luz del horizonte, sin que las ráfagas del tiempo y el sordo ramaje de ese árbol tan brumoso que es el olvido, dejen caer ceniza y sombra, tronchando el fluído de sus resplandores.

Más de alguien ha dicho que Merino Reyes es un amante del clasicismo, un devoto de las formas tradicionales, un extraño caso de soledad en una época en que todo anda desintegrado y en que, a veces, las nuevas expresiones de la poesía se pierden en la obsesión enfermiza de espantar a los críticos de mentalidad anquilosada y a los tranquilos burgueses que se asustan de todo lo que signifique renovación, cambio de los valores de la vida. El poeta, consciente de su responsabilidad creadora, comprende, que no todo lo revolucionario es la revolución. Por eso no se falsifica ni pierde su tiempo en afanes estériles. Por el contrario, con el dominio que da la persistencia y la cultura bien orientada, extrae del acervo del clasicismo aquello de más positivo que es dable' obtener: esa línea justa, es decir, la lógica continuidad con la tradición, la que incorporada a la ansiedad, a la búsqueda del espíritu de nuestro tiempo, se convierte en nueva modalidad expresiva.

Merino Reyes pertenece a ese tipo de poeta que organiza su mundo. A esto se debe la afinidad que algunos le encuentran con lo clásico. Su poesía no es universo desintegrado, podríamos decir que adquiere forma y volumen como las cosas. Es que el poeta toma los bloques dispersos de su mundo, de ese mundo de

nuestra conciencia, y los dispone de tal manera que todo se encuadra en el espacio y el tiempo con inalterable homogeneidad.

Escuchemos al poeta:

¡Que nadie te quiera, María Lucía!
 En tu voz renacen mis voces bravías,
 la llama sedienta, la loba sombría
 ¡Que nadie te quiera, María Lucía!

(Balada, pág. 21).

Se ha vaciado el ánfora de la ternura con varonil entonación. Sublime grandeza del sentimiento paternal, que a todos nos trae el perfume de aquello que embriaga nuestra intimidad. El hijo que salta del grito de nuestra sangre, es tan digno como el amor, la vida y la muerte de ser la piedra del júbilo, de la angustia o de la tristeza de una canción.

A través de los diversos poemas de esta breve Antología, el autor muestra sus facetas esenciales. Del «Romance Negro», los sonetos que están hechos a la manera tradicional, a «Epica de Stalingrado», «Libertad de París», «Coloquio de los goces» y «Límite», hay un camino recorrido que establece un ascendente perfeccionamiento.—JOAQUÍN MARTÍNEZ ARENAS.



«COSA TENDA», cuentos de *Benedicto Chuaqui*.

Hay en toda la obra de Benedicto Chuaqui un calor humano que invade y contagia al lector. Seguramente su literatura no sea de grandes vuelos estéticos, pero a través de toda ella hay una palpitación de vida que muchos escritores quisieran para sí. En sus libros de máximas, en sus cuentos, y sobre todo, en sus «Memorias de un Emigrante», encontramos al hombre enfrentado a las más crudas y dulces realidades. Esa dualidad, que